

LIBRO VIII

CAPITULO I

A lo dicho sigue naturalmente el estudio de la amistad, puesto que es virtud o la lleva consigo, siendo además de absoluta necesidad con miras a la vida, pues nadie gustaría de vivir sin amigos, aun poseyendo todos los demás bienes y aun los ricos y los que desempeñan cargos y mandatos se cree necesitan amigos más que nadie: porque, ¿de qué sirve tal prosperidad sin la oportunidad de la beneficencia, que se practica principalmente y en su forma más laudable para con los amigos? Y ¿cómo podemos conservar y guardar la prosperidad sin amigos? Cuanto más importante sea más expuestos estamos a arriesgarla. Y en cuanto a la pobreza y demás desventuras creen los hombres que los amigos son el único refugio. También ayuda a los jóvenes a huir del error; sirve de sostén a los ancianos proveyendo a sus necesidades y supliendo las actividades que decaen a causa de la debilidad; a los que están en la flor de la vida les estimula a nobles acciones (yendo a pares) porque los hombres son más capaces de pensar y obrar teniendo amigos. Además, parece que los padres la sientan por sus retoños y los hijos por los padres, y no sólo en cuanto a los hombres, sino entre las aves y mayor parte de los animales; se siente mutuamente por los miembros de la misma raza y especialmente por los

hombres, por lo que alabamos a los que aman a su prójimo («philanthrópoys»). Cuando estamos de viaje podemos cerciorarnos de cuan cordial y querido es el hombre para el hombre. Parece que también la amistad una los Estados, y los legisladores tienen para ella más consideración que para la justicia, porque la concordia parece ser algo parecido a la amistad, y a ella tienden más que a nada, rehuyendo de la discordia como de su peor enemigo; y cuando los hombres son amigos no tienen necesidad de la justicia, mientras que cuando son justos necesitan la amistad también, creyéndose que la forma más verdadera de justicia es cualidad de amigo.

No sólo es necesaria sino también noble; porque alabamos a los que quieren a sus amigos, teniéndose por cosa agradable tener muchos amigos; además creemos que los que son buenas personas son amigos.

Ahora bien, hay algunas cosas atañentes a la amistad sobre las que no todos están conformes. Algunos definen la amistad diciendo es una especie de semejanza afirmando que los semejantes son amigos; de aquí los proverbios: «cada oveja con su pareja», «dime con quien vas y te diré quien eres», y otros; mientras hay quien afirma: «no hay peor enemigo que el del mismo oficio». En este punto se buscan causas más profundas y físicas, afirmando Eurípides que «la tierra seca gusta de la lluvia, y el imponente firmamento, cuando henchido de líquido, se place en derramarlo sobre la tierra»; Heráclito dice que «lo que escuece cura», «que la bella armonía está integrada por tonos diferentes», que «todo se produce debido a la discordia», mientras Empédocles, como otros, expresa opinión opuesta: «que lo semejante tiende a lo semejante». Vamos a dejar a un lado los problemas de física, por salirse de nuestro presente estudio, examinando los huma-

nos que llevan consigo carácter y sentimiento, v. g., si puede surgir amistad entre dos personas cualesquiera, o si los malos no pueden ser amigos; si hay una especie de amistad o más de una. Los que creen que sólo hay una porque admiten en ella aumento y disminución se confiaron a la indicación impropia, pues aún las cosas que difieren en especie admiten la graduación. Ya discutimos este punto anteriormente.

CAPITULO II

Tal vez aclaremos lo referente a las especies de amistad si primeramente llegamos a conocer el objeto del querer. Porque no todo parece sea amado sino sólo lo amable, que es bien, agradable o útil; pero pudiese parecer que aquello que produce algún bien o placer es lo útil, de manera que lo bueno y lo útil son estimados como fines. ¿Estiman los hombres el bien o lo que es bien para ellos? Algunas veces estos términos son antagónicos; lo mismo ocurre con lo placentero. Ahora bien, se cree que cada uno estima aquello que es bien para él, y que el bien es amable en absoluto, y lo que es bien para cada una de las personas es amable para ella; pero lo que ocurre es que cada individuo ama no lo que es bien para él sino lo que así parece. Mas esto no establece diferencia; tendremos que decir precisamente que esto es *lo que parece estimable*. Pero hay tres motivos debido a los cuales aman las personas; en cuanto a la estima por las cosas inanimadas no empleamos el vocablo *amistad*, porque no es querer mutuo, ni hay en ello deseo del bien para la otra parte, (porque sería ciertamente ridículo desear bien al vino; si uno le desea algo, es que se conserve, con el fin de poder beberlo cuando lo apetezca); pero en lo referente a un amigo decimos debemos desearle lo

que es bien para él. Pero a los que deseamos bien de este modo atribuimos solamente buena voluntad, si el deseo no es correspondido; cuando la buena voluntad es recíproca es amistad. O ¿habrá que añadir: *cuan- do sea reconocida*? Porque muchas personas tienen buena voluntad para con aquellos que no han visto pero que juzgan buenos o útiles; y alguno de éstos pudiere corresponder al afecto. Parece que estas personas se tengan recíproca buena voluntad; pero ¿cómo podemos llamarles amigos cuando no conocen sus mutuos afectos? Para ser amigos debieren reconocer mutuamente se tienen buena voluntad y se desean bien uno al otro motivo de alguna de las razones indicadas anteriormente.

CAPITULO III

Dichas razones difieren una de otra en especie; de manera que también diferirán las correspondientes formas de amor y amistad. Por lo tanto, hay tres especies de amistad, iguales en número a las cosas amables; porque respecto de cada una de ellas hay amor mutuo y reconocido, y los que se aman recíprocamente se desean bien mutuo respecto de lo cual se aman uno al otro. Ahora bien, los que se aman recíprocamente por su utilidad no se aman por sí, sino en virtud de algún bien que obtienen del otro. Lo mismo ocurre con los que se aman motivo de placer; no es por su carácter por lo que la gente quiere al lisonjero, sino porque lo considera placentero. Por lo tanto, los que aman a causa de la utilidad aman motivados por lo que es bien para *sí mismos*, y los que aman debido al placer lo hacen por lo placentero para *sí mismos*, y no en cuanto a que el otro sea la persona amada sino en cuanto a que es útil o placentero. Por eso dichas amistades

no pasan de ser accidentales; porque la persona amada no lo es por ser hombre, sino por proporcionar algún bien o placer. Tales amistades se anulan fácilmente, si las partes no continúan siendo lo mismo, porque si una de ellas deja de ser placentera o útil, la otra cesa en su voluntad.

Ahora bien, lo útil no es permanente sino que varía continuamente. De aquí que cuando el motivo de la amistad haya cesado desaparece la amistad, tanto más cuanto que debía su existencia sólo a los fines en cuestión. Esta especie de amistad parece es la existente entre los ancianos principalmente (porque cuando se llega a esa edad la gente no tiende a lo placentero, sino a lo útil) y, en cuanto a los que están en la flor de su edad, entre aquellos cuyo fin es la utilidad. Tampoco frecuentan esas personas largo tiempo el trato mutuo, porque hay veces que ni aun llegan a considerarse recíprocamente agradables; por eso no necesitan tales compañías de no ser que les sean mutuamente útiles, por complacerse uno en el otro sólo hasta el punto en que despiertan recíprocas esperanzas sobre algún placer futuro. También se clasifica entre esas amistades la existente entre el huésped y el que le hospeda. Por otra parte, la amistad entre otros jóvenes parece tiende al placer, porque viven guiados por la emoción, tendiendo ante todo hacia lo placentero para sí mismos y lo que inmediatamente se halla ante ellos; pero a medida que avanzan en edad varían sus placeres. Por eso traban amistad rápidamente cesando también de ser amigos con prontitud. También se enamoran los jóvenes debido a la misma razón, porque la mayoría de las amistades amorosas depende de la emoción y tiende al placer; por eso se enamoran y rápidamente desvaneciéndose sus amores como por encanto, durando con frecuencia un solo día. Pero estas personas de-

sean pasar sus días y vidas uno junto al otro, porque de este modo consiguen el propósito de su amistad.

La amistad perfecta es la existente entre los hombres de bien y semejantes en cuanto a virtud; porque ellos se desean bien recíproco por ser bien, siendo buenos en sí. Ahora bien, los que desean el bien de su amigo por ser bien son los amigos más verdaderos; porque obran así por propia naturaleza y no accidentalmente; por lo tanto, su amistad dura cuanto dura su bondad, y la bondad es cosa que perdura. Y cada uno de ellos es bien sin restricción y útiles uno al otro. También son agradables, porque los buenos son agradables ambos sin restricción y uno para el otro, puesto que para ellos sus propias actividades y otras como ellas son agradables, y los actos del bueno son idénticos o semejantes. Y amistad tal es la que pudiere suponerse es la que perdura, puesto que en ella se encuentran todas las cualidades que debieren adornar a los amigos. Porque toda amistad se debe al amor al bien o al placer, (bien y placer en abstracto o tal cual será gozada por el que tiene afecto amistoso) que se basa en cierta semejanza; y a la amistad entre los hombres de bien corresponden todas las cualidades que hemos indicado en virtud de la naturaleza de los mismos amigos; porque cuando se trata de esta especie de amistad también las demás cualidades son semejantes en ambos amigos, y lo que es bien sin restricción es placentero sin restricción igualmente, siendo estas las cualidades más amables. El amor y la amistad se hallan por lo tanto y en su mejor forma entre tales hombres.

Pero es natural que esas amistades no sean frecuentes, porque tales hombres no abundan. Además, esa amistad requiere tiempo y familiaridad; como dice el proverbio, los hombres no pueden conocerse mutua-

mente hasta que han «*comido sal juntos*»; no pudiendo tampoco admitirse recíprocamente como amigos o serlo hasta que cada uno de ellos ha hallado amabilidad en el otro y han llegado a confiarse mutuamente. Los que ponen rápidamente de manifiesto los indicios de la amistad recíprocamente desean ser amigos, pero no lo son, a menos que ambos sean amables y conozcan el hecho; porque el deseo de amistad puede surgir rápidamente, pero no la amistad.

CAPITULO IV

Por lo tanto este género de amistad es perfecto, tanto respecto de la duración como en lo referente a todo lo demás, y por él cada uno de ellos obtiene del otro en todo respecto lo mismo que da, o algo semejante a lo que da, que es lo que debe acontecer entre los amigos. La amistad por amor al placer tiene semejanza con esta especie de amistad, porque los hombres de bien son también agradables uno al otro. Lo mismo ocurre con la amistad por utilidad, porque los buenos son también útiles mutuamente. Entre las personas de este tipo inferior, las amistades son de lo más duraderas cuando los amigos obtienen idéntica cosa uno del otro (v. g., placer), y no sólo eso, sino también del mismo origen, como ocurre entre los de vivo ingenio, no como ocurre entre el amante y el amado. Porque éstos no se placen en lo mismo, sino que el uno se place en contemplar al amado y el otro en recibir atenciones de su amante; y cuando va desvaneciéndose la flor de la juventud también la amistad va desvaneciéndose algunas de las veces (porque no halla ya placer en la contemplación del otro, y el otro no recibe atenciones del primero); por otra parte, muchos amantes son constantes, si la familiaridad les ha

conducido a gustar recíprocamente de sus caracteres, siendo semejantes. Mas aquellos que no trocan placer sino utilidad en su amor, no son amigos tan verdaderos ni tan constantes. Los que fueren amigos motivo de utilidad se separan cuando desaparece la ventaja, porque lo que amaron no fué la persona, sino el beneficio.

Por lo tanto, hasta los malos pueden ser amigos por motivos de placer o utilidad, o los buenos de los malos, o aquel que no sea bueno ni malo puede ser amigo de cualquier clase de persona, pero por sí es evidente que sólo los hombres de bien pueden ser amigos; porque los malos no se deleitan uno en el otro de no ser que de su relación surja alguna ventaja.

También la amistad del bueno, y ésta sólo, es prueba contra la difamación; porque no es fácil confiarse a lo que uno diga sobre una persona que ha sido aquílatada durante largo tiempo por uno mismo; y únicamente entre los buenos hallaremos la confianza y el afecto que dice *«nunca me engañará»* y todo lo demás que se exige a una verdadera amistad. En las demás especies de amistad, sin embargo, nada hay que evite surjan esos males.

Porque los hombres aplican el nombre de amigos hasta a los que lo son motivo de utilidad, en cuyo sentido se dice que los Estados son amigos (porque las alianzas entre los Estados parece tienden a la ventaja), y a los que se quieren uno a otro a causa de placer, en cuyo sentido decimos son amigos los niños. Por lo tanto, también debiéramos llamar quizás amigos a tales personas, diciendo hay varios géneros de amistad, primeramente, y en el propio sentido la de los buenos considerados como buenos, y por analogía los otros géneros; porque son amigos en virtud de algo bueno y algo análogo a lo que se halla en la verda-

dera amistad, puesto que hasta lo placentero es bien para los amantes del placer. Pero estas dos especies de amistad no se aunan con frecuencia, ni tampoco las mismas personas se hacen amigas a causa de la utilidad y del placer; porque las cosas que sólo se relacionan accidentalmente no se reúnen con frecuencia.

Dividiendo la amistad en estas especies, los malos serán amigos a causa del placer o de la utilidad, siendo en este aspecto semejantes, pero los buenos serán amigos por amor a su persona recíprocamente, es decir, en virtud de su bondad. Por lo tanto, estos son amigos sin restricción; los otros lo son accidentalmente y por semejanza con aquéllos.

CAPITULO V

En lo referente a las virtudes algunos son llamados buenos respecto del hábito, otros por lo atañente a una actividad, ocurriendo otro tanto en cuanto al caso de la amistad; porque los que viven en compañía se deleitan uno en el otro y se confieren mutuos beneficios, pero lor dormidos o alejados no realizan, sino que se encuentran dispuestos a realizar las actividades de la amistad; la distancia no destruye la amistad absolutamente, sino sólo su actividad. Pero si la ausencia fuere duradera, parece que realmente haga olvidar al hombre su amistad; de aquí el proverbio: *«el que no está no se encuentra»*. Ni los viejos ni los ñuraños parece traben fácilmente amistad; porque poco hay en ellos que plazca, no habiendo nadie que pueda pasar su vida en compañía de uno de esos seres cuya sociedad es desagradable, o no placentera, puesto que la naturaleza parece evita lo desagradable y tiende a lo agradable, sobre todo. Sin embargo, los que simpatizan uno con otro, pero no viven juntos, parece se hallen

en buena disposición más bien que que sean amigos reales. Porque nada hay tan característico de los amigos como la vida en común (puesto que los necesitados son los que apetecen beneficios, aun aquellos que son sumamente felices apetecen pasar sus días en compañía, porque la soledad es lo que menos cuadra a esas personas); pero la gente no puede vivir en común, de no ser agradable y disfrutar de las mismas cosas, como los amigos que son compañeros parece disfruten.

Por lo tanto, la amistad más verdadera es la de los buenos, como hemos afirmado frecuentemente, porque lo que es bien o agradable sin restricción parece ser amable y apetecible, y para cada una de las personas aquello que es bien o agradable para ella; y el hombre de bien es amable y apetecible para el hombre de bien por ambas razones. Por lo tanto, parece que el amor sea afecto y la amistad hábito; porque el amor puede sentirse lo mismo por las cosas inanimadas, pero el amor mutuo encierra elección y ésta surge de un hábito; y el hombre desea bien a los que ama, por sí mismos, no como resultado de afecto, sino como resultado de hábito. Y al amar a un amigo los hombres aman lo que es bien para ellos mismos, porque el bueno al convertirse en amigo se convierte en bien para su amigo. Por eso, cada uno de ellos ama lo que es bien para él, correspondiendo igualmente en cuanto a buena voluntad y agradabilidad; porque la amistad se considera igualdad, y estas dos cosas se hallan en mayor grado en la amistad de los buenos.

CAPITULO VI

La amistad surge con menor prontitud entre los ancianos y los hurraños, tanto más cuanto no son tan

buenos de carácter y disfrutan menos de la compañía; porque estas cosas se consideran como las más indicadoras de amistad y más productoras de ella. A esto se debe que, mientras los jóvenes traban amistad rápidamente, no lo hagan los viejos igualmente; es que el hombre no se hace amigo de quien no le deleita; y del mismo modo los huraños no traban amistad con prontitud. Pero esos pueden tenerse buena voluntad, porque se desean bien recíprocamente y se apoyan en la necesidad; pero escasamente son *amigos* porque no pasan sus días juntos ni sienten deleite uno en el otro, siendo esas cosas las consideradas como mayores signos de amistad.

No es posible ser amigo de mucha gente en el sentido de tener amistad perfecta con ella, de la misma manera que uno no puede estar enamorado de muchas personas al mismo tiempo (porque el amor es una especie de exceso (*hipérbole*)), y su naturaleza es sentirse sólo por una persona); y no es fácil que mucha gente pueda complacer al mismo tiempo a la misma persona intensamente, o quizá hasta ser buena a sus ojos. También se debe adquirir alguna práctica en cuanto a la otra persona y llegar a familiarizarse con ella, cosa muy difícil. Pero con vistas a la utilidad o al placer es posible que mucha gente plazca a una persona; porque hay mucha gente útil y agradable, y estos favores emplean poco tiempo.

De esas dos especies la que más se parece a la amistad es la motivada por el placer, cuando ambas partes obtienen lo mismo recíprocamente y se deleitan una en la otra o en lo mismo, como ocurre en las amistades entre los jóvenes; porque la generosidad se halla más en tales amistades. La amistad basada en la utilidad es para los que tienen espíritu comercial. Los que son sumamente felices no requieren amigos úti-

les, sino placenteros; porque desean vivir con *alguien* y, aunque pueden tolerar durante corto tiempo lo penoso, nadie hay que pueda resistirlo continuamente, ni el mismo bien, de serle doloroso; por eso buscan los amigos que, siendo placenteros, sean buenos también, y buenos para ellos; porque de este modo reunirán todas las características que deben tener los amigos.

La gente que ocupa puestos de autoridad parece tiene amigos pertenecientes a distintas clases; algunos son útiles, otros agradables, pero raramente es ambas cosas la misma persona; porque no buscan a gente cuya agradabilidad vaya acompañada de virtud ni a individuos cuya utilidad sea con miras a nobles objetos, sino que en su apetito por el placer buscan la gente de vivo ingenio, escogiendo sus otros amigos entre los que son hábiles en llevar a cabo lo que se les dice, estando rara vez combinadas estas características. Ya hemos dicho que el hombre de bien es al mismo tiempo agradable y útil; pero tal hombre no traba amistad con el que le supera en posición, de no ser que sea superado también él en virtud. De no ser así, no establece igualdad al ser excedido proporcionalmente en ambos aspectos. Pero no es tan fácil hallar personas que le superen en ambas cosas.

De todos modos, las amistades antedichas encierran igualdad; porque los amigos obtienen lo mismo recíprocamente, o intercambian una cosa por otra, v. g., el placer por la utilidad; no obstante, ya hemos dicho que ambas amistades son menos verdaderas y duraderas. Pero debido a su semejanza y a su desemejanza respecto de la misma cosa se considera que son y no son amistades. Por su semejanza con la amistad virtuosa parece son amistades (porque una de ellas encierra placer y la otra utilidad, y estas características pertenecen a la amistad de la virtud asimismo); como

la amistad de la virtud es prueba contra la difamación y permanente, mientras las otras varían rápidamente (además de diferir de la primera en muchos otros aspectos), parece que no sean amistades, es decir, a causa de su desemejanza con la amistad virtuosa.

CAPITULO VII

Pero aún hay otro género de amistad, que es el que lleva consigo desigualdad entre las partes, v. g., la existente entre padre e hijo y en general entre los mayores y menores, la de un marido y mujer y en general la del gobernante y gobernado. Y aun esas amistades difieren también una de otra; porque no es idéntica la existente entre padres e hijos a la existente entre gobernantes y gobernados, ni aun es la misma la del padre con su hijo que la del hijo con su padre, ni la del marido con su esposa que la de ésta con aquél. Porque la virtud y la función de cada uno de ellos es diferente, siéndolo también las razones motivo de las cuales aman; el amor y la amistad son por tanto también diferentes. En estas amistades cada una de las partes no obtiene ni debe pretender obtener de la otra idéntica cosa; mas cuando los hijos corresponden a los padres como deben corresponder a quienes les dieron el ser, y los padres corresponden como deben a sus hijos, la amistad entre tales personas será permanente y excelente.

En todas las amistades que encierran desigualdad el querer debe ser también proporcional, es decir, el mejor debe ser más amado que ame, ocurriendo otro tanto con el más útil, y así sucesivamente en los demás casos; porque cuando el amor es proporcionado al

mérito de las partes, entonces surge la igualdad en cierto sentido, igualdad que se considera característica de la amistad.

Pero parece que la igualdad no tome la misma forma en los actos de justicia que en los amistosos; porque en los de justicia lo que es igual en sentido principal es lo que está en proporción con el mérito, siendo la igualdad cuantitativa secundaria, mientras en cuanto a la amistad es primaria la igualdad cuantitativa, siendo secundaria la proporción en cuanto al mérito. Lo que afirmamos se evidencia de haber gran diferencia respecto de la virtud, el vicio, la salud o cualquier otra cosa entre las partes; porque entonces no son ya amigos, ni aun esperan serlo. Esto es mucho más manifiesto cuando de los dioses se trata, puesto que nos superan decisivamente en cuanto a todos los bienes. También es evidente cuando se trata de los monarcas, porque comparados con ellos, los hombres que les están subordinados no esperan ser sus amigos; tampoco esperan las personas de poca importancia ser amigos de los mejores o de los más sabios. En tales casos es imposible definir con exactitud hasta qué punto pueden los amigos continuar siéndolo, porque puede haber gran diferencia y conservar la amistad, pero cuando una de las partes se halla muy distante, como ocurre entre Dios y el hombre, cesa la posibilidad de amistad. Este es, en efecto, el origen de la pregunta que inquiere si los amigos desean realmente los mayores bienes para sus amigos, v. g., el que sean dioses, puesto que en ese caso sus amigos no serán ya sus amigos, y por lo tanto, no serán bienes para ellos (porque los amigos son bienes). La respuesta es que si acertamos al afirmar que el amigo desea el bien para el amigo como bien, su amigo debe perseverar en lo que es, sea lo que fuere; por lo tanto, para él sola-

mente, y como hombre, deseará los mayores bienes. Mas quizá no todos los mayores, porque todos desean el bien para sí mismos ante todo.

CAPITULO VIII

Parece que debido a la ambición desee la mayoría de las personas ser amada antes que amar; por lo cual los más de los hombres gustan de la lisonja; porque el lisonjero es amigo que se halla en plano inferior, o pretende serlo amando más de lo que es amado; y ser amado parece afín a ser enaltecido, cosa a que tienden las más de las personas. Mas no parece que la gente opte por el enaltecimiento por sí, sino accidentalmente. Porque los más de los hombres gozan de verse enaltecidos por aquellos que disfrutan de autoridad a causa de sus esperanzas (porque creen que de necesitar algo de ellos lo obtendrán, y por eso se deleitan en el enaltecimiento como prueba de favor venidero); mientras aquellos que apetecen el enaltecimiento de parte de los hombres de bien, y de hombres que saben, tienden a confirmar su propia opinión sobre sí mismos; se deleitan en el enaltecimiento por creer en su propia bondad apoyándose en la fuerza de juicio de aquellos que hablan de ellos. De otra parte, el hombre se deleita en ser amado por sí mismo, de donde se deduce que esto parecería mejor que ser enaltecido, y que la amistad se apeteciese por sí misma. Pero parece estribe antes en amar que en ser amado, como indica el deleite que las madres sienten en amar; porque hay algunas que entregan a sus hijos para que los críen, y mientras están al tanto de su suerte les aman, no buscando ser amadas a su vez (de no poder gozar de ambas cosas), pero parece se satisfacen si les ven prosperar, y hasta aman a sus hijos aun en el caso en

que debido a su ignorancia no les rindan nada de lo debido a una madre. Ahora bien, puesto que la amistad depende más del amor, y los alabados son los que aman a sus amigos, parece que el amor sea la virtud característica de los amigos, de manera que sólo aquellos en quienes se halle esto en la debida medida serán amigos duraderos, siendo su amistad la única que perdura.

En este respecto, más que en cualquier otro, pueden ser amigos los desiguales, y pueden igualarse. Ahora bien, la igualdad y la semejanza son amistad, especialmente la semejanza de los que son semejantes en cuanto a virtud; porque al ser constantes en sí son constantes recíprocamente y ni piden ni hacen viles favores, sino que (pudiéremos decir) que aun los evitan, por ser característico de los buenos no abandonarse ni dejar se abandonen sus amigos. Pero los malvados no tienen constancia (por no ser siempre ni aun parecidos a sí mismos), sino que traban amistad durante corto tiempo por deleitarse en la mutua perversidad. Los amigos que son útiles o agradables son más duraderos, es decir, que duran lo que duran los placeres o ventajas que procuran. La amistad por utilidad parece ser la que con mayor facilidad existe entre los contrarios, v. g., entre el pobre y el rico, el ignorante y el sabio, porque el hombre tiende hacia aquello que realmente no tiene, dando algo a cambio de ello. Pero puede que también estén comprendidos en ella el amante y el amado, el bello y el feo; por esto nos parecen ridículos algunas veces los enamorados, cuando requieren se les ame como aman; si son igualmente amables puede creerse justificada su pretensión, mas cuando nada amable exista en ellos será ridícula. Sin embargo, pudiere ser que lo contrario no tienda ni aun a lo contrario por su propia naturaleza,

sino sólo accidentalmente, siendo el apetito por lo intermedio; porque eso es el bien, v. g., el bien para lo seco no será lo húmedo, sino llegar al intermedio, y del mismo modo ocurre con lo cálido y todos los demás casos. Hemos de dejar a un lado estas materias, por no encajar ciertamente en nuestro propósito.

CAPITULO IX

Parece que la amistad y la justicia estén relacionadas con las mismas cosas y se manifiesten entre las mismas personas, como hemos indicado al comienzo de nuestro estudio. Porque se cree que en toda colectividad hay alguna forma de justicia y también de amistad; al menos el hombre se dirige a sus compañeros de viaje y a sus compañeros de armas, como amigos, lo mismo que a sus asociados en cualquier género de colectividad. Y la extensión de su asociación es la extensión de su amistad, como es también la extensión de la justicia existente entre ellos. Y el proverbio: *«lo que poseen los amigos es recíprocamente suyo»* expresa la verdad; porque la amistad depende de la reciprocidad. Ahora bien, los hermanos y camaradas lo poseen todo en común, pero los otros a quienes nos hemos referido poseen en común cosas definidas (algunos más cosas, otros menos); porque también entre las amistades las hay más y menos verdaderas. Y las reclamaciones de justicia difieren también; los deberes de los padres con los hijos y los de hermanos unos con otros no son los mismos, siendo diferentes los existentes entre los camaradas y los conciudadanos, ocurriendo lo mismo con los otros géneros de amistad. Por lo tanto, hay diferencia entre los actos injustos con relación a cada una de esas clases de asociados, aumentando la injusticia al manifestarse con relación a los

que son amigos en sentido más amplio, v. g., es más grave defraudar a un compañero que a un conciudadano; es más grave no prestar ayuda a un hermano que a un extraño, y más grave herir a un padre que a otro cualquiera. Y lo que requiere la justicia parece aumente también con el grado de amistad, lo que significa que la amistad y la justicia existen en la misma persona y tienen igual extensión.

Ahora bien, todas las formas de colectividad son partes semejantes a la colectividad política; porque los hombres viajan juntos con vistas a alguna ventaja particular, y para proporcionarse algo que necesitan para los propósitos de su vida; también parece que por motivos de ventaja y apoyo se reuniere originalmente la colectividad civil, porque a esto es a lo que tienden los legisladores, llamando justo a lo que redunde en ventaja común o colectiva. Ahora bien, las otras colectividades tienden a la ventaja paulatinamente, v. g., los marineros a lo que es ventajoso durante el viaje con vistas a ganar dinero o algo de esta índole; los guerreros a lo que es ventajoso en la guerra, ya riqueza o victoria o la toma de una ciudad de que intentan apoderarse, y los miembros de las tribus y los pueblos obran de parecida manera. Algunas colectividades parece surgen motivo de deleite, v. g., las hermandades religiosas y círculos sociales, porque deben su existencia respectivamente al motivo de ofrecer sacrificios y al compañerismo. Pero todas estas colectividades (*«koinoníai»*), parece estén contenidas en la colectividad civil, porque no tiende a la ventaja actual, sino a lo ventajoso para la vida como un todo, ofreciendo sacrificios y organizando reuniones, asignando horas para los dioses y proporcionando agradables solaces para ellos mismos. Porque los antiguos sacrificios y reuniones parece se rea-

lizaban después de la cosecha, como una especie de primicias, porque durante esta temporada disfrutaba la gente de mayor ocio. Por lo tanto, parece que todas las colectividades sean partes de la colectividad civil, y los géneros particulares de amistad corresponderán a los géneros particulares de colectividad.

CAPITULO X

Hay tres géneros de gobierno e igual número de formas desviadas de ellos, perversiones suyas, pudiéremos decir. Los gobiernos son: monarquía, aristocracia y en tercer lugar la que se basa en la renta requerida, que parece adecuado denominar timocracia, aunque la mayor parte la llama república. La mejor de éstas es la monarquía, la peor la república. La desviación de la monarquía es la tiranía; porque ambas son formas de gobierno de un hombre, más entre ellas existe la mayor de las diferencias; el tirano tiende a su propia ventaja, el rey a la de sus súbditos. Porque el hombre no es rey a no ser que tenga poder bastante y sea superior a sus súbditos en todos los bienes; hombre tal nada más necesita y, por lo tanto, no mirará a sus propios intereses, sino a los de sus súbditos, pues el rey que no obre así sólo será rey de nombre. Ahora bien, la tiranía es precisamente lo contrario de eso, porque el tirano solo tiende a su propio bien; y es evidente que el caso de tiranía es la peor forma de desviación, porque lo contrario de lo mejor es lo peor. La monarquía pasa a tiranía, porque ésta es la forma viciada del gobierno de un hombre y el mal rey se convierte en tirano. La aristocracia pasa a oligarquía por la vileza de los gobernantes, que distribuyen contrariamente a la equidad lo que pertenece a la ciudad, reteniendo todos los bienes o su

mayor parte en sus manos, confiando los cargos casi siempre a los mismos individuos, haciendo más caso de las riquezas; así los gobernantes son pocos y perversos en vez de ser los más dignos. La timocracia pasa a democracia gobernando la mayoría, y todos cuantos disfrutan de la renta requerida se consideran como iguales. La democracia es la menos mala de las desviaciones, porque esta forma de gobierno es sólo ligera desviación. Estos son los cambios a que más sujetos están los gobiernos, porque esas son las transiciones menores y más fáciles.

En el hogar podríamos hallar semejanzas con los gobiernos, como si dijésemos, modelos de ellos. Porque la sociedad del padre con sus hijos presenta la forma de la monarquía, puesto que el padre cuida de los hijos, por eso llama Homero a Zeus «padre»; el ideal de la monarquía es ser gobierno paternal. Pero entre los Persas el gobierno del padre es tiránico, porque trata a los hijos como esclavos. Tiránico es también el gobierno del amo sobre los esclavos, porque lo que sobresale en él es la ventaja del amo. Ahora bien, ésta parece ser buena forma de gobierno, pero el tipo Persa está pervertido, porque las maneras de gobernar propias de las diferentes personas son diversas. La sociedad entre marido y mujer parece ser la aristocrática, porque el hombre gobierna de acuerdo con su dignidad, y en los asuntos que debe regir el hombre, mientras los correspondientes a la mujer los deja en sus manos. Si el hombre gobierna en todo el gobierno pasa a ser oligarquía, porque al obrar así no obra de acuerdo con su respectivo mérito, ni gobierna en virtud de superioridad. Sin embargo, algunas veces gobiernan las mujeres, por ser herederas; de manera que su gobierno no se debe a excelencia sino a riqueza y poder, como en las oligarquías. La sociedad

entre los hermanos se parece a la timocracia, porque son iguales, excepto en su diferencia de edad; de aquí que si difieren mucho en edad, la amistad no sea ya del tipo fraternal. La democracia se halla principalmente en las moradas que no tienen dueño (porque en ellas todos están al mismo nivel), y en aquellas en que el jefe es débil y todos tienen autorización para obrar a su antojo.

CAPITULO XI

Puede considerarse que cada uno de los gobiernos encierra o lleva consigo amistad precisamente de la misma manera que lleva en sí justicia. La amistad entre el monarca y sus súbditos depende del exceso de beneficios concedidos, porque concede beneficios a sus súbditos si, siendo hombre de bien se preocupa de ellos con miras a su bienestar, del mismo modo que el pastor cuida de su rebaño (de aquí que Homero llamase a Agamemnon «*pastor de pueblos*»). Tal es también la amistad del padre, aunque esta exceda a la otra en la grandeza de los beneficios conferidos; porque él es quien les dió el ser, cosa que se considera el mayor bien, y quien les alimenta y educa. Esto se atribuye también a los antepasados. Además, un padre tiende por naturaleza a gobernar sobre sus hijos, los antepasados sobre sus descendientes, un monarca sobre sus súbditos. Estas amistades encierran superioridad de una de las partes sobre la otra, por lo cual los antepasados son ensalzados. Por lo tanto, la justicia existente entre personas relacionadas de este modo no es la misma por ambas partes, sino que en cada uno de los casos es proporcionada al mérito; porque eso se aplica ciertamente también a la amistad. La

amistad entre marido y mujer es idéntica a la aristocracia, porque está de conformidad con la virtud, el mejor obtiene más de lo mejor, y cada uno de ellos obtiene lo que le cuadra, ocurriendo otro tanto con la justicia en estas relaciones. La amistad entre hermanos se parece a la de los compañeros, porque son iguales y de parecida edad, y tales personas son en su mayoría semejantes en sus costumbres e inclinaciones. La amistad correspondiente al gobierno timocrático es semejante a ésta, porque en tal constitución el ideal de los ciudadanos estriba en la igualdad y la justicia; por eso se confía la dirección a sus manos sucesivamente y en iguales condiciones, siendo la amistad apropiada a este caso la correspondiente.

Pero como en las formas desviadas o viciosas es escasa la justicia, también es escasa la amistad. En la que menos hay es en la peor forma y en la tiranía hay poca o ninguna amistad, pues nada hay de común entre el que gobierna y el gobernado; tampoco hay amistad, puesto que no hay justicia, v. g., entre el artífice y el instrumento, el alma y el cuerpo, el amo y el esclavo, aprovechándose lo último de quien lo emplea; pero para lo inanimado no hay amistad ni justicia. Tampoco habrá amistad para con un caballo o un buey, ni para el esclavo considerado como esclavo, por no haber nada de común entre las dos partes, porque el esclavo es instrumento animado y el instrumento esclavo inanimado; por lo tanto, no se puede tener amistad con el esclavo, considerado como esclavo, mas como hombre sí, porque parece pueda haber alguna justicia entre dos hombres cualesquiera que pueden participar en un sistema de leyes o ser una de las partes en un convenio; por lo tanto, también puede haber amistad con él puesto que es hombre. Por eso, mientras en las tiranías hay esca-

sa amistad y justicia, en las democracias hay mucho de ambas, porque cuando hay igualdad entre los ciudadanos éstos tienen mucho en común.

CAPITULO XII

PoPr lo tanto, toda forma de amistad lleva consigo asociación, como hemos dicho. Pudiérase considerar separadas de las demás las amistades de parentesco y las de compañerismo. La amistad de los ciudadanos y la de los de una misma tribu, la de los que viajan juntos, y otras parecidas, son meras amistades de asociación, porque parece estén basadas en una especie de convenio. Entre ellas pudiéramos clasificar la amistad entre el huésped y el que le hospeda.

La amistad entre los parientes, aunque parece ser de varias especies, tiene apariencia de pertenecer siempre a la amistad paternal, porque los padres aman a sus hijos como partes suyas, y los hijos a los padres como algo por ellos generado. Ahora bien, los padres saben mejor que sus hijos que de ellos proceden, y el que engendró siente que su hijo es parte suya más que el engendrado, porque lo que procede es propio de aquello de que procede, (v. g., un diente o un cabello o cualquiera otra cosa del que lo ha producido), pero el productor no pertenece al producto, o le pertenece en menor grado. Y la duración de tiempo produce el mismo resultado; los padres aman a sus hijos tan pronto nacen, mientras los hijos aman a sus padres tras algún tiempo, cuando han adquirido entendimiento o poder para discernir mediante los sentidos. De estas consideraciones se deduce también claramente por qué las madres aman más que los padres. Los padres aman a sus hijos como a sí mismos

(porque su generación es en virtud de su existencia separada una especie de *otros yos*), mientras los hijos aman a sus padres como nacidos de ellos, y los hermanos se aman mutuamente como engendrados por los mismos padres; porque su identidad con ellos les hace idénticos unos a otros (a lo que se debe que la gente diga «*de la misma sangre*», «*del mismo tronco*», y cosas parecidas). Por lo tanto, en un sentido son idénticos, aunque individualmente estén separados. Dos cosas que contribuyen grandemente a la amistad son el haberse criado juntos y la semejanza en edad; porque *los de una misma edad juegan juntos* y los que se han criado juntos tienden a ser compañeros, por lo cual la amistad de los hermanos es afín a la de compañeros. Y los primos y otros parientes se unen por derivación fraternal, es decir, por proceder de los mismos padres. Se acercan más unos a otros o se separan en virtud de la proximidad o distancia del generador original.

La amistad de los hijos con los padres y de los hombres con los dioses es relación con ellos como algún bien superior, porque confirieron el mayor de los beneficios, puesto que son causas de su ser, alimentación y educación a partir de su nacimiento, y esta clase de amistad tiene placer y utilidad, más que la de los extraños, tanto más cuanto su vida se desarrolla más en común. La amistad de los hermanos tiene las características que hallamos en la de compañeros (especialmente cuando éstos son buenos), y, en general, en la gente entre la que hay semejanza, tanto más cuanto se pertenecen más uno a otro y su amor arranca del momento de su nacimiento, y tanto más cuanto los nacidos de los mismos padres y criados juntos y educados de manera parecida son más afines en carácter; y en ellos es en quienes tiene aplicación con

mayor intensidad y convicción el contraste o prueba del tiempo.

Entre otros parientes se halla las relaciones amistosas en la debida proporción. Entre marido y mujer parece exista por naturaleza; porque el hombre tiende naturalmente a formar pareja, aún más que a fundar ciudades, tanto más cuanto el hogar es más primitivo y necesario que la ciudad. Y porque la reproducción es común al hombre y a todos los animales. En cuanto a los otros animales la unión llega sólo hasta este punto, mientras los seres humanos viven juntos no sólo a causa de la reproducción, sino también para los varios menesteres de la vida; porque sus funciones quedan repartidas desde un principio siendo diferentes las del hombre a las de la mujer; de modo que se ayudan recíprocamente aportando sus dotes peculiares al hogar común. A esto se debe que tanto la utilidad como el placer se halle en esta especie de amistad. Pero también puede basarse esta amistad en la virtud, si las partes son buenas, porque cada uno de ellos tiene su virtud y halla deleite en ello. Parece que los niños sean el lazo de unión (por lo cual los que no tienen hijos se separan con mayor facilidad); porque los hijos son bien común para ambas partes y lo que es común les une.

La manera como el marido y mujer, y en general el amigo y su amigo tienen que portarse mutuamente, parece sea la misma cuestión que inquiere cómo es justo se comporten, porque el hombre no parece tenga los mismos deberes para con el amigo que para con el extraño, el compañero y el condiscípulo.

CAPITULO XIII

Como hemos dicho al comienzo de nuestra indagación hay tres géneros de amistad, y respecto de cada uno de ellos algunos son amigos por igualdad y otros en virtud de superioridad (porque no sólo pueden igualmente los hombres de bien llegar a ser amigos, sino que un hombre mejor puede trabar amistad con otros no tan buenos como él, y de la misma manera en las amistades de utilidad o placer los amigos pueden ser iguales o desiguales en los beneficios que confieren). Si es como decimos, los iguales deben procurar la requerida equidad sobre la base de igualdad en amor y demás respectos, mientras los desiguales deben aportar lo que sea proporcionado a su superioridad o inferioridad.

Las quejas y los reproches surgen sólo o principalmente en la amistad de utilidad, cosa que es de esperar, porque los que son amigos por su virtud sienten ansias por hacerse bien unos a otros (puesto que eso es signo de virtud y amistad), y entre hombres que se emulan recíprocamente en esto no puede haber quejas ni reproches; a nadie ofende el hombre que le quiere y le beneficia, si es persona de fino sentimiento se desquitará haciendo bien al otro. Y el que exceda al otro en favores no se quejará de su amigo, puesto que obtiene aquello a que tiende; porque todos apetecen el bien. Tampoco surgen muchas quejas aun entre los amigos por placer; porque ambos obtienen al mismo tiempo lo que apetecen, si disfrutan pasando el tiempo juntos; y hasta el amigo que se queja de otro por no proporcionarle placer nos parecería ridículo, puesto que de él depende no pasar sus días junto a él.

Pero la amistad de utilidad está plagada de quejas; porque como se valen recíprocamente para sus propios intereses siempre quieren llevar la mejor parte en el trato, creyendo obtienen menos de lo debido, y censuran a su asociado por no recibir todo cuanto *necesitan y merecen*; y los que hacen bien a los otros no pueden proporcionarles tanto como los que reciben el beneficio requieren.

Ahora bien, parece que, así como hay dos géneros de justicia, la que no está escrita y la de las leyes, un género de amistad por utilidad es moral y el otro legal. Por eso las quejas surgen la mayor parte de las veces cuando el hombre no disuelve su sociedad con otro con arreglo al mismo tipo de amistad con que la formara. El tipo *legal* es el que se atiene a condiciones fijadas; su variedad puramente comercial se basa en la satisfacción inmediata, mientras la variedad más liberal concede tiempo, más estipula un determinado *qui pro quo*. En esta variedad la deuda es clara y no equivoca, pero el aplazamiento contiene elemento de amistad; por eso algunos estados no permiten se entablen pleitos a causa de tales tratos, sino que consideran que los que trataron a base de crédito debieren aceptar las consecuencias. El tipo *moral* no fija condiciones; hace un don, o cualquier cosa que sea, como si se tratare de un amigo; pero uno espera recibir tanto o más, como si no hubiere dado, sino prestado; y si el hombre está en peor situación cuando termina el convenio que cuando se estableció, se queja. Esto ocurre porque todos, o la mayor parte de los hombres, mientras desea lo digno, elige lo ventajoso; lo digno es hacer bien a otro sin vistas a obtener recompensa, mas la ventaja está en recibir dádivas.

Por lo tanto, si podemos, debemos restituir lo equivalente de lo recibido (porque no debemos hacer nues-

tro amigo de un hombre en contra de su voluntad; debemos reconocer que nos equivocamos desde un principio obteniendo beneficio de persona de quien no debíamos, puesto que no se trataba de amigo, ni de uno que lo hacía sólo por obrar así, y tenemos que satisfacer de la misma manera que si hubiéremos sido beneficiados en condiciones fijadas). Cier- to es que uno convendría en pagar si pudiese (si no pudiese, ni aun el dador hubiere supuesto que así ocu- rriría); por lo tanto, si nos es posible debemos resti- tuir. Pero ante todo debemos considerar el hombre que nos procura el provecho y en qué condiciones lo ha- ce, con el fin de poder aceptar el beneficio en dichas condiciones y, de no ser así, declinar la oferta.

Es discutible si debemos medir un favor por su uti- lidad a quien lo recibe y corresponder de acuerdo con ello, o por benevolencia del dador. Porque los que reci- bieron dicen obtuvieron de su bienhechor cosas insig- nificantes para él y lo que pudieren haber obtenido de otros, empequeñeciendo dicho favor, mientras los do- nadores, por el contrario, dicen que aquello era lo me- jor que tenían, y que no hubiera podido darlo otro, y que se dió en tiempos de peligro o necesidad. Aho- ra bien, si la amistad es de las que tiende al *provecho*, ciertamente será la medida la ventaja de quien reci- be, porque él es el que pide el favor, y el otro le pres- ta ayuda suponiendo recibirá el equivalente, de ma- nera que el apoyo ha sido exactamente tan grande co- mo la ventaja para el que recibe, y por lo tanto debe corresponder restituyendo tanto cuanto haya recibido, y aun más (porque eso sería más noble). En las amis- tades basadas en la *virtud*, de otra parte, las quejas no surgen, mas el propósito del agente es una especie de medida, porque en el propósito está el elemento esencial de la virtud y el carácter.

CAPITULO XIV

También surgen disensiones en la amistad basada en la superioridad, porque cada una de las partes espera alcanzar más de la otra y, cuando ocurre esto queda disuelta la amistad. No sólo cree el superior que debe obtener más, puesto que al hombre de bien débese conceder más, pero el más útil lo espera también así; dicen que el inútil no debiera alcanzar más que ellos, puesto que se convierte en acto de favor público y no de amistad si lo que procede de la amistad no responde al mérito de los beneficios conferidos. Porque consideran que, como en las sociedades comerciales, los que aportan más obtienen más también, y así debiere ser en cuanto a la amistad. Pero el que se halla en estado de necesidad e inferioridad presenta la opuesta queja; consideran que corresponde al buen amigo ayudar a los que se hallan en caso de necesidad; ¿de qué sirve, dicen, ser amigo de un hombre de bien o de un poderoso, si nada hemos de obtener de él?

De todos modos parece que cada una de las partes sea justa en sus quejas y que ambas debieren obtener más de la amistad que la otra, no más de los mismo, sin embargo, sino más honor el superior y más provecho el inferior, porque el honor es el premio de la virtud y beneficencia, mientras el provecho es la ayuda requerida por la inferioridad.

También parece que así sea en cuanto a los convenios entre los gobiernos, pues el que con nada bueno contribuye a la comunidad no es honrado, porque lo perteneciente al público se concede al que beneficia al público, y el honor no pertenece al público. Es imposible obtener riqueza del fondo común y honor al mismo tiempo. Porque nadie se contenta con la menor parti-

cipación en todo; por lo tanto, al que pierde en cuanto a riquezas se le concede honores y al que quiere se le retribuya riqueza, puesto que la proporción en cuanto al mérito iguala a las partes y conserva la amistad, como ya dijimos.

Esta es también la manera en que debemos asociarnos con los desiguales; el que es beneficiado respecto de la riqueza o la virtud debe conceder honores como correspondencia, satisfaciendo la deuda como pueda. Porque la amistad requiere del hombre haga lo que pueda, no lo que sea proporcionado a los méritos de la ocasión, puesto que eso no puede hacerse siempre, v. g., en los honores dedicados a los dioses o a los padres; porque nadie podría restituirles el equivalente de lo obtenido de ellos, sino que el hombre que les sirve poniendo de su parte cuanto puede se considera es hombre de bien.

Por eso no parecería permitido que un hijo repudiase a su padre (aunque un padre pudiera repudiar a su hijo), porque el hijo está en deuda con el padre y debe satisfacerla, mas nada hay que pueda hacer un hijo que equivalga a lo recibido, de manera que siempre quedará en deuda. Pero los acreedores pueden perdonar una deuda, y un padre puede llevarlo a cabo también. Al mismo tiempo se cree que nadie repudiaría a un hijo que no fuere excesivamente perverso, porque aparte de la natural amistad entre padre e hijo es propio de la naturaleza humana no rehusar la ayuda filial. Pero el hijo, si es perverso, rehuirá naturalmente apoyar a su padre, o no sentirá tendencia hacia ello; porque la mayoría de las personas desea obtener beneficios, pero rehuye de hacerlos, considerando no es cosa provechosa. Basta con lo dicho sobre estos puntos.